

## ***HOMO TRANSLATOR*** \*

**Karin Riedemann Hall**

Pontificia Universidad Católica de Chile  
Universidad Tecnológica Vicente Pérez Rosales

El desarrollo de la lingüística cognitiva está estrechamente relacionado con la ciencia cognitiva, ciencia interdisciplinaria que se ocupa tanto de aspectos generales como específicos de la cognición. La lingüística cognitiva es la responsable de la descripción y explicación de las estructuras y procesos lingüísticos mentales que conducen a la adquisición del conocimiento.

“As used here the term ‘cognition’ refers to all processes by which the sensory input is tranformed, reduced, elaborated, stored, recovered and used... even in the *absence of relevant stimulation*”, (Neisser 1967:4).

Como vemos, la cognición se define como el conjunto de todas las estructuras y procesos involucrados en el conocimiento humano.

Si se observa al ser humano y con ello al traductor como un ser vivo, biológico y organizado socialmente, se puede entonces suponer que son válidas ciertas reglas naturales tanto con respecto al funcionamiento de su cerebro como con respecto a sus formas de actuar, y entre ellas, lo más importante, la de actuar profesionalmente.

Estas reglas de comportamiento observadas y descritas por el bioquímico Vester, los biólogos Maturana y Varela, el psicólogo Boetsch, la lingüista Schwarz

---

\* Es ésta una nota de carácter tentativo, más que nada exploratoria, de un tema que, por cierto, merece un mayor desarrollo en el que se intente articular las dos perspectivas que se proponen como complementarias: la “Ontología del lenguaje” de Echeverría y la “Lingüística cognitiva” en los términos planteados por Schwarz.

y el sociólogo-filósofo Echeverría, entre otros, explican el hecho de que los organismos se desarrollan y comportan según el intercambio y la interrelación con su medio y según la envergadura de su propia estructura y organización, es decir, que se organizan a sí mismos en forma flexible. Si esto lo aplicamos a lo que Holz-Mänttari (1984) denomina “acción translitológica”, podríamos sostener que constituiría un buen marco teórico sistémico y que los fundamentos biológico-sociológicos, –fundamentales cuando se sostiene que hablar y escribir deben regirse por el mismo principio–, ayudarían a demostrar que todo acto de lenguaje se concretiza en un acto flexible e interferido.

Algunas de las apreciaciones que hace Echeverría (1994) a los postulados básicos de la ontología del lenguaje, se refieren al concepto de ontología tomado de la tradición heideggeriana, el “*Dasein*”, o el modo particular de ser “humano”, de estar en el mundo. “En este sentido, la ontología hace referencia a nuestra comprensión genérica, a nuestra interpretación de lo que significa ser humano”, (Echeverría 1994:28). Este autor, al incorporar también el concepto de Martín Heidegger “*die Lichtung*” (“claridad”), alude a las condiciones básicas “a través de las cuales el lenguaje [se] constituye [en] un particular observador del mundo y del fenómeno humano”, (1994:30). Echeverría, cuya concepción se apoya en las contribuciones hechas por filósofos como Nietzsche, Wittgenstein, Heidegger, y que, desde la biología, destaca como base para este estudio la contribución de Humberto Maturana, propone tres postulados básicos de la ontología del lenguaje:

- 1) interpretar a los seres humanos como seres lingüísticos;
- 2) interpretar el lenguaje como generativo;
- 3) interpretar a los seres humanos como creadores de sí mismos **en el lenguaje y a través de él.**

Según el primero, postula que el lenguaje es, por sobre todo, lo que hace que los seres humanos sean el tipo particular de seres que son: seres lingüísticos, seres que viven en el lenguaje, clave para comprender las funciones humanas (1994:31).

El segundo postulado, que se refiere al lenguaje como generativo, es consecuencia del anterior y reconoce que el lenguaje no sólo nos permite hablar “sobre las cosas” sino que hace que sucedan cosas: genera “ser”, “es” acción, crea realidades, modela el futuro, la identidad con el mundo en que se vive y con el cual se vive.

“Distintos mundos emergen según el tipo de distinciones lingüísticas que seamos capaces de realizar, la manera como las relacionemos entre sí y de acuerdo al tipo de juegos de lenguaje con los que operamos en él” (1994:35).

La propuesta de Echeverría en el tercer postulado es interpretar a los seres humanos como creadores de sí mismos **en y a través del lenguaje.**

“Sujetos a condicionamientos biológicos y naturales, históricos y sociales, los individuos nacen dotados de la posibilidad de participar activamente en el diseño de su propia forma de ser”, (1994:35-36).

La ontología del lenguaje expuesta por Echeverría nos hace recordar también a otros estudiosos –Austin y Searle– que, a nuestro juicio, revisten importancia clave.

Aunque es obvio que el objeto de estudio tanto de la lingüística como de la filosofía del lenguaje es el lenguaje, sin embargo, a la luz de los diferentes aportes no podemos negar que no se puede desprender ni separar el lenguaje del ser humano, de sus marcas como ser biológico. Por esto la lingüística cognitiva representa en este momento el campo con mayor desarrollo y potencialidad que se observa en la ciencia del lenguaje. Como consecuencia, la pragmalingüística, que estudia el “cómo” se dan las ilocuciones en un contexto situacional específico, también ha cobrado especial relevancia.

Es en este punto donde considero importante detenernos en el concepto de “*homo translator*”. Tradicionalmente, los estudios teóricos sobre la traducción basaban su conceptualización e investigaciones en el “producto”, es decir, en el texto traducido. Sin embargo, desde mediados de los años ochenta, se ha producido en ciertos autores, sobretudo alemanes, un vuelco en el sentido siguiente: el traductor como ser humano, como ser biológico inserto en una comunidad lingüística específica, se ha convertido en el centro de la preocupación de los estudiosos de la traducción. El desarrollo de la “acción translatólogica” como acción lingüística ha pasado a considerarse el aspecto dominante en esta problemática.

Sabemos que el oficio de traducir empieza y termina en el signo lingüístico. Este hecho irrefutable nos conduce al análisis tanto del proceso mismo de traducir como a los factores extralingüísticos que lo mediatizan. Se trata, entonces, de comprender, en toda su dimensión y complejidad, el “fenómeno lingüístico” del traducir. En efecto, si estudiamos el proceso de la traducción como tal, no podemos sino incorporar el factor humano como el aspecto preponderante. Hasta hace poco tiempo, esto no ocurría. Se pensaba que el hecho de traducir se podía definir al interior del sistema de las lenguas. Sin embargo, esa postura ayudó a frenar el desarrollo de los supuestos teóricos de la traducción. W. Wilss (1977:77) comprueba el hecho diciendo que “la teoría de la traducción moderna no ha podido crecer al alero de la teoría lingüística moderna debido a que la segunda se define como teoría del sistema, lo que desde un punto de vista metodológico no sirve al desarrollo de la ciencia de la traducción”; y unos años después –año 1988– declaraba que:

“Cada traductor tiene representaciones y supuestos estrictamente personales cuando traduce: tiene creencias religiosas, políticas y ciertos fundamentos prácticos sobre la vida. Lo anterior se basa más bien en la

experiencia acumulada que en una conciencia teórica profunda, esto quiere decir que los procesos de traducción tienen una base antropológica. Esta fundamentación antropológica de los procesos de traducción encierran formas de procedimientos cognitivos, interpretativos y 'asociativos' ”.

Si nos atenemos al proceso de la traducción como fenómeno lingüístico, se puede inferir que el lenguaje depende, en gran medida, del comprender y que éste, a su vez, está estrechamente ligado a la forma de pensar del ser humano. De modo que el proceso de traducción tendría entonces dos aspectos fundamentales:

- a) la comprensión textual por parte del traductor y,
- b) que éste, al traducir, haga que el texto sea comprensible y comprendido.

El primer paso será, pues, la decodificación del texto fuente, proceso que visualizamos como altamente personalizado, ya que en él se conjuga la priorización constante a que el traductor se ve sometido consciente o inconscientemente en lo referente a la selección de significados y, por consiguiente, al sistema de valores que opera en dicha selección.

Por sistema de valores o “ideología” (no en el mero sentido de estructura de poder ni tampoco simplemente en el de las creencias profundamente arraigadas, a menudo en forma inconsciente), entiendo aquellos modos aún más particulares de sentir, evaluar, percibir y creer que, de alguna manera, guardan cierta relación con la conservación y reproducción del poder social y de los paradigmas culturales. En cada selección de significados subyace una evaluación inconsciente, la cual es personal e ideologizada a la vez; y en esta selección, el profesional, junto con aplicar casi inconscientemente lo indicado anteriormente, realiza el esfuerzo de captarlo desde el punto de vista e intención del autor original. De esta manera, la información va siendo aprehendida en dos niveles para, finalmente, otorgarle al texto una significación desde una perspectiva lógico-cognitiva. En esta doble aprehensión ha habido dos etapas:

- a) la comprensión intuitiva, y
- b) la comprensión lógico-analítica.

Según Reiss (1986), es frecuente que el traductor no analice las palabras y las oraciones, sino más bien las unidades de sentido. Este procedimiento lingüístico espontáneo se relaciona en el proceso de la traducción con la etapa de la comprensión intuitiva, fase que provoca la así llamada “inspiración” en el traductor. De ninguna manera podríamos evocar la connotación dada a esta palabra por los románticos. Tanto la psicología como la lingüística cognitiva han investigado y demostrado que el ser humano tanto en su vida cotidiana como en la profesional acumula y mantiene en su mente gran cantidad de información. En el caso del traductor se trata de conocimientos lingüísticos muy específicos, que tienen que ver con la “competencia traductora”. De hecho, cada vez que alguien desea resolver un problema, la mente humana en forma espontánea empieza a

procesar las informaciones que tiene almacenadas, proceso que se realiza esencialmente en el subconsciente, por lo que muchas veces el profesional no alcanza a darse cuenta de cómo van surgiendo las ideas: su resultado es el que podríamos denominar “inspiración”. En otras palabras, la inspiración sería la emergencia del oculto trabajo intelectual realizado a través de un proceso creativo. Cualquier persona que haya estudiado una lengua extranjera, difícilmente tendrá frente a un texto fuente las mismas inspiraciones que un traductor con experiencia. De esto se deduce que el proceso de la comprensión intuitiva, o la puesta en marcha de la inspiración del traductor, es un quehacer intensivo desde el punto de vista cognitivo. Por ello la comprensión intuitiva se podría definir como un proceso cognitivo respaldado por la inspiración, la que dependería tanto de la experiencia individual como de los conocimientos específicos que cada uno atesora. Mientras más amplios, variados y profundos sean los conocimientos del traductor, más vasta será su forma de pensar, lo que redundará en inspiraciones ricas e intensas. Esto lo llevará a aprehender con mayor precisión los contenidos de un texto fuente. Así para Hörmann (1976) “sólo se puede comprender una lengua si se comprende más que la lengua”. Para aprehender realmente los mensajes hay que estar compenetrado de los significados de la lengua fuente y de todo el mundo extralingüístico que rodea una cultura específica, por lo que el traductor además de ser bilingüe deberá estar empapado no sólo de la forma de pensar de su comunidad lingüística, sino también de la forma de pensar que subyace en la lengua meta.

La forma particular de pensar, la visión de mundo (*Weltanschauung*) de una comunidad se da en estrecha relación con su incrustación social.

Cuando se traduce, es muy importante tener presente la incrustación sociolectal que tenga el texto fuente para hacerlo en su verdadera dimensión. Existen palabras y formas de expresarse que sólo se entienden si se considera la ambientación política y filosófica de las comunidades lingüísticas.

Si tomamos como ejemplo las diversas variedades del español, veremos que, según las regiones donde se habla, se darán distintos significados a distintas palabras de acuerdo con las idiosincrasias e historias de los diferentes pueblos. Semejante es el hecho que ocurre con el alemán hablado y escrito en la República Federal de Alemania y la ex República Democrática. Mayor será la problemática, sin embargo, si se trata de visiones de mundo tan diversas como aquellas de países del Oriente o de distintas latitudes africanas.

Los que nos dedicamos a la didáctica de la traducción sabemos que en los ejercicios que desarrollamos con los alumnos aparecen con mucha regularidad errores debido a interferencias cuyas causas, generalmente, obedecen a problemas culturales o maneras diferentes de analizar los mensajes con distintas visiones de mundo, lo que implica un proceder especial en la comprensión psicológico-cognitiva.

Una de las tareas importantes del traductor (o futuro traductor) es tomar conciencia de su propio etnocentrismo. La mayoría de los textos por traducir tienen muchas marcas culturales que deben respetarse, ya que han sido escritos principalmente para su propia cultura y no para otra. De allí que se hace ineludible, durante el proceso de comprensión, el apreciarlos como lo haría el destinatario final en la lengua fuente, para lo cual tendrá que ejercitarse en sobrepasar sus propias limitaciones socioculturales y de pensamiento. Deberá derribar conscientemente las barreras lingüístico-culturales entre él mismo y el autor original. Sólo en este instante, se habrá reducido la distancia cultural entre el autor original y el destinatario en lengua meta. A esta segunda etapa del proceso de comprensión podemos denominarla “comprensión lógico-analítica”, puesto que somete la inspiración a una decodificación consciente: el proceso cognitivo es adaptado a una distinta organización mental.

Los estudios psicolingüísticos (Schwarz, 1992) han demostrado que la estructura del significado de los signos lingüísticos contiene tanto elementos del concepto como de la imagen. El significado ingresa al cerebro del lector adulto en el nivel de la unión del signo con el significado. Este nivel implica una forma de estructura de tipo lingüística y psíquica que transforma la estructura del significado de los signos lingüísticos, según la experiencia que se tenga de estos factores, hasta que, finalmente, surgen como imágenes.

Si esto lo aplicamos a la problemática de la traducción, veremos que si el traductor sólo se queda en la estructura del signo a nivel de concepto y no domina herramientas suficientes que le permitan evocar la imagen que el signo proyecta, cometerá innumerables errores al traducir. Ocurre generalmente esto, cuando no se tienen incorporadas vivencias culturales intensas que permitan la transformación en forma válida.

El ejercicio del *homo translator* es verse constantemente enfrentado al principio de la transferencia y es en esta decodificación –intuitiva y consciente– donde deben considerarse, hoy por hoy, elementos extralingüísticos tales como los biológicos, neurofisiológicos, físicos, sociológicos y cognitivos.

Estas dimensiones le confieren a la traducción un nuevo marco. Al traductor le permiten actuar más libremente, sin torturarse al interior de la problemática de la equivalencia. La práctica moderna se ha liberado hace tiempo de ella. No olvidemos que si el ser humano es sobre todo y ante todo un ser verbal, el *homo translator* lo es por partida doble.

La ontología del lenguaje planteada por Echeverría nos proporciona nuevas luces sobre la complejidad del lenguaje humano, sin embargo no alcanza a contemplar la diversidad que implica la comunicación según el género. Como traductora quisiera dejar planteado que, sin lugar a dudas, existen diferencias en la manera en que asumen hombres y mujeres las tareas de la traducción, diferencias que, a mi juicio, merecerían ser estudiadas.

Si sociólogos y estudiosos en general están haciendo el esfuerzo por analizar nuestras diferentes percepciones, asertividades, comunicación e imaginerías, ha llegado también el momento para los traductores de cuestionarnos y analizar qué es mito y qué es válido en referencia a nuestro género y nuestra profesión.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Echeverría, Rafael (1994). *Ontología del Lenguaje*, Santiago.
- Holz-Mänttari, Justa (1984). *Translatorisches Handeln*, Helsinki.
- Hörmann, Hans (1976). *Meinen und Verstehen. Grundzüge einer psychologischen Semantik*, Frankfurt a.M.
- Neisser, Ulrich (1967). *Cognitive Psychology*, New York.
- Reiss, Katharina (1986). "Textverstehen aus der Sicht des Übersetzers", en *Tradurre: teoria ed esperienze*; pp. 131-139, Bolzano.
- Schwarz, Monika (1992). *Einführung in die Kognitive Linguistik*, Tübingen.
- Wilss, Wolfram (1977). *Übersetzungswissenschaft. Probleme und Methoden*, Stuttgart.
- \_\_\_\_\_ (1988). *Kognition und Übersetzen*, Tübingen.